

Introducción

«El monstruoso siglo XX, uno de los peores de los anales del sistema solar, se aleja de nosotros como los témpanos de hielo arrastrados por el río, se convierte en historia, en libros y en películas» (Zagajewski 2019, 294). Con estas palabras, el escritor polaco Adam Zagajewski nos proporciona el mejor preámbulo para este libro, observatorio de una época de la historia (1870-2020) caracterizada por guerras mundiales, genocidios y totalitarismos.

Me parece bien que este periodo de la historia se convierta en historia, en libros y en películas, la mejor manera –o por lo menos así lo piensa el autor de este libro– de mostrar qué pasó y por qué pasó lo que pasó a través de novelas y películas durante un siglo y medio, que también tuvo momentos menos monstruosos, tiempos de paz, solidaridad y democracia.

Una perspectiva más amable del siglo pasado nos la brinda la escritora parisina Lucie J. Lipschütz en un libro sobre la vida de sus padres, judíos rusos, que recorrieron medio mundo (Berlín, Roma, Barcelona, Niza, Buenos Aires) en busca de un lugar tranquilo. *El siglo de las siglas* (2005) contiene frases antológicas, por ejemplo:

Con el paso del tiempo la historia se convierte en una película apta para todo público. Los acontecimientos pierden su dimensión trágica, su sabor a sangre, sus gritos de dolor. Será por eso que generación tras generación el mundo vuelve a cometer siempre los mismos errores.

[...] seguimos siendo los mismos brutos de la prehistoria, caminamos más erguidos y olemos mejor, eso es todo. Harán falta muchos años todavía, muchos cientos miles de años, tal vez más para que el

animal absurdo que llevamos dentro haya dado su último coletazo y desaparecido para siempre (Lipschütz 2021, 271, 392).

En los libros y en las pantallas vemos historias que nos permiten acercarnos al pasado y plantearnos preguntas con el fin de conocer el pasado y el presente. La libertad y la opresión, la guerra y la paz, y otros temas vitales aparecen en las novelas y en las películas que nos cautivan. En estas páginas veremos cómo se relacionan los grandes acontecimientos de la historia reciente con lo reflejado en el cine y en las novelas.

El libro que el lector tiene en sus manos quiere presentar la historia del mundo desde 1870 hasta el 2020 a través del empleo de grandes obras de ficción: una buena novela es como una puerta abierta al pasado, que permite acercarnos a otras vidas y ponernos en el lugar del otro; y una buena película puede iluminar un aspecto de la historia e incluso ofrecer una nueva perspectiva.

Hace unos años publiqué un libro titulado *Historia del mundo en el siglo XX a través de las grandes biografías, novelas y películas* (2014). Se preguntarán los lectores cuál es la novedad de *Historia, Cultura y Cristianismo (1870-2020): un relato a través de diez novelas y sus adaptaciones cinematográficas*. La respuesta es sencilla: ofrezco un nuevo relato de los principales acontecimientos de la mano de diez grandes novelas que han sido adaptadas al cine.

En un libro sobre la vida de Giuseppe Tomasi di Lampedusa, el historiador David Gilmour destaca la felicidad del escritor aristócrata cuando se reunía con gente joven «para hablar de literatura y de historia», un hombre que «a los cincuenta y tantos años no se arrepentía de haberlo leído casi todo» (Gilmour 2004, 120). Mi deseo es que el lector disfrute del libro que tiene en sus manos y que, después, lea algunas de las novelas citadas y vea varias de las películas comentadas. Pienso que el cine y la literatura son instrumentos pedagógicos que se pueden y se deben emplear para aprender historia.

Dedico estas páginas a mi familia y a mis alumnos de la Universidad de Navarra, en particular a los de la asignatura *Historia, Cultura y Cristianismo en el siglo XX*, a los del máster *Cristianismo y Cultura Contemporánea*, y también a los del *Core Curriculum* y del grado en *Relaciones Internacionales*.

Por último, quiero agradecer a Mercedes Alonso y a José Miguel Arregui la lectura crítica de una versión previa del libro que el lector tiene en sus manos.

I

El mundo de ayer durante el cambio de siglo a través de «El Gatopardo»

La novela *El Gatopardo* (1958) de Giuseppe Tomasi Di Lampedusa ofrece una descripción sumamente bella y creíble del cambio de siglo. El libro –editado por Giorgio Bassani y galardonado con el Premio Strega– salió a la venta un año después de la muerte del autor.

La acción de la novela comienza con el desembarco de las tropas de Garibaldi en Sicilia en 1860 y termina poco antes del inicio de la Primera Guerra Mundial. La obra presenta una galería de retratos, desde los nobles de rancio abolengo hasta los nuevos ricos, y desde los plebeyos hasta los campesinos más menesterosos. El príncipe Fabricio Salina, dueño de media Sicilia y aficionado a la astronomía, se encuentra rodeado de unos hijos ineptos:

El pobre príncipe Fabricio vivía en perpetuo descontento aún bajo el ceño jupiterino, y se quedaba contemplando la ruina de su propio linaje y patrimonio sin desplegar actividad alguna e incluso sin el menor deseo de poner remedio a estas cosas (Tomasi di Lampedusa 1987, 46).

La nobleza decadente siciliana –representada por la familia Salina– cede su espacio al liberalismo emergente encarnado en el sobrino Tancredi, competente y librepensador, que se alista en las filas de Garibaldi. La incipiente modernización de la sociedad se vislumbra en el ofrecimiento a Salina, por parte del nuevo gobierno, de ser senador, pero su respuesta es negativa:

No puedo aceptar. Soy un representante de la vieja clase [...]. Pertenezco a una generación desgraciada, a caballo entre los viejos y los nuevos tiempos, y que se encuentra a disgusto con unos y con otros (Tomasi di Lampedusa 1987, 199).

En cambio, el príncipe de Salina sugiere como senador al alcalde, un hombre rico, quien no rechazaría la propuesta:

Él tiene más méritos que yo para estar allí [...]. No creo que tenga más ilusiones que yo, pero es bastante listo para saber creárselas cuando sea necesario. Es el individuo pintiparado para ustedes. Pero deben ustedes obrar rápidamente, porque he oído decir que quiere presentar su candidatura a la Cámara de diputados (Tomasi di Lampedusa 1987, 199-200).

La novela está basada en la vida del bisabuelo del autor, padre de nueve hijos, aficionado a la astronomía, consciente de ser el último representante de un antiguo linaje de nobles terratenientes sicilianos. El patriarca no quiso hacer testamento y tras su muerte, la familia emprende una lenta decadencia. Sobre los recuerdos de este antepasado, el autor construye un libro irónico, bellissimo y crítico (Gilmour 2004, 22-27, 139-141, 150).

Luchino Visconti dirige una gran película, *El Gatopardo* (1963), al transformar las bellas palabras de la novela en un largometraje pulcro, protagonizado por Burt Lancaster, Alain Delon y Claudia Cardinale. En el festival de Cannes gana la Palma de Oro. La película proclama el mismo mensaje de la novela: «para que todo siga como está, es preciso que todo cambie».

Tanto la obra de Lampedusa como la de Visconti alcanzan la perfección. Las dos obras de ficción y de arte se inician con el rezo del rosario en el palacio de los Salina y se terminan con el paso del viático, dos manifestaciones de la vida cristiana de una familia aristocrática fiel a un mundo en vías de secularización.

En la misma época se desarrolla el principio del libro *El mundo de ayer: memorias de un europeo* (1944), título de la autobiografía de Stefan Zweig. En esta obra, el escritor austriaco describe y analiza su vida en el contexto histórico de cambio profundo entre el mundo burgués y liberal anterior a la Gran Guerra y el mundo de las masas del periodo de entreguerras. En el prefacio, Zweig se presentó como un judío testigo del suicidio de Europa y de las dos guerras más sangrientas de la historia de la humanidad:

Me he visto obligado a ser testigo indefenso e impotente de la inconcebible caída de la humanidad en una barbarie como no se había visto en tiempos y que esgrimía su dogma deliberado y programático de la anti humanidad (Zweig 2001, 13).

La directora de cine alemana Maria Schrader lleva a la pantalla *Stefan Zweig: Adiós a Europa* (2016), los últimos y trágicos años de vida de uno de los grandes narradores del siglo XX, cuando este se decide a poner por escrito su corta e intensa vida.

De manera poética, la escritora judía Lucie J. Lipschütz rinde tributo a Zweig en su libro de memorias, *El siglo de las siglas* (2005), y también a sus padres apátridas, que se refugiaron en Argentina y sobrevivieron al Holocausto, y a quienes afectó profundamente la noticia de la muerte del gran escritor:

Su amada Europa hecha añicos, él sin patria, sin fuerzas para seguir luchando por unos valores morales que ya no existían, perdida la fe en el hombre, la vida se había convertido en una carga demasiado pesada. Dejó una carta de despedida. Hacía votos para que los amigos llegaran a ver la aurora después de esa larga noche. Él, demasiado impaciente, partía antes del alba (Lipschütz 2021, 269).

1. Los Estados liberales de Europa occidental

A mediados del siglo XIX, la península itálica se encontraba dividida en reinos pequeños y Estados muy distintos entre sí, desde Piamonte en el norte a Nápoles en el sur, pasando por los Estados Pontificios en el centro.

El proceso de unificación italiana, impulsado por las conquistas de Garibaldi, culminó en 1870 tras la ocupación de Roma. Pío IX se consideró prisionero del nuevo Estado italiano, al quedar despojado de los Estados Pontificios. El último papa-rey exhortó a los católicos italianos a no participar en la vida política de un Estado receloso de la Iglesia, y decretó que no podían ser ni elegidos ni electores. Pocos años antes de la unificación, el Papa había condenado algunas ideas del liberalismo con la publicación del *Syllabus* (1864), un compendio crítico contra los principios de la ideología liberal progresista (Canavero 1991, 44; Redondo I 1979, 276-279).

Durante cuarenta años, los católicos italianos permanecieron al margen de la vida política en el Estado liberal de los Saboya. Las cosas cambiaron gracias a la intervención del político piamontés Giovanni Giolitti. En un célebre discurso parlamentario, Giolitti diseñó una bella imagen: el Estado y la Iglesia dibujaban dos líneas paralelas que no debían encontrarse nunca. Presente en cinco gobiernos diferentes, Giolitti estaba convencido de que para fortalecer el Estado y apoyar el programa liberal-democrático precisaba

ampliar las bases, y así convenció a los católicos y también a los socialistas de la conveniencia en participar en la vida política. Además, pactó con los católicos para evitar la victoria de las izquierdas en las primeras elecciones con sufragio universal masculino en 1913. Así pues, la llamada «Italia de Giolitti», la época de esplendor de la monarquía parlamentaria de Víctor Manuel III, contó con el apoyo de los diputados y electores católicos (Canavero 1991, 116-119; Redondo II 1979, 138-139; Sassoon 2010, 85-90).

En la novela *El Gatopardo*, una de las hijas del príncipe de Salina se atreve a criticar al papa Pío X:

Carolina formaba parte de ese grupo de católicos que están convencidos de que poseen las verdades religiosas más a fondo que el Papa, y algunas moderadas innovaciones de Pío X, la abolición de algunas fiestas secundarias, fiestas de precepto especialmente, ya la habían exasperado antes (Tomasi di Lampedusa 1987, 266).

La política exterior italiana buscó la alianza de Gran Bretaña y Francia, sin olvidar la buena relación con el Imperio alemán y el Imperio austrohúngaro. En estos momentos, Italia era la menor de las grandes potencias europeas. Para convertirse en una potencia imperial optó por la expansión en el norte de África; y de este modo ocupó el único territorio del África mediterránea todavía no sujeto a una potencia colonial europea: Libia. La guerra fue presentada ante la opinión pública como una cruzada contra los infieles y también como una búsqueda de tierra favorable a inversores y emigrantes. En la empresa colonial, Italia chocó con el Imperio turco, soberano nominal de este territorio. Tras un año de guerra llegó la paz en 1912: Italia devolvió a Turquía las islas del Dodecaneso a cambio del reconocimiento de la anexión de Libia al Estado italiano (Bosworth – Finaldi 2015, 65; Della Peruta 1992, 472-473; Gentile 2019, 55; Gerwarth 2017, 34; Hispán 2017, 59; Kennedy 1989, 332).

En *El Gatopardo*, el sobrino del príncipe de Salina, que no posee títulos nobiliarios ni grandes posesiones, toma partido por las nuevas ideas liberales, contrae matrimonio con la hija del alcalde y asciende en la escala social. Más tarde, se presenta a las elecciones y sale elegido diputado. En una de las primeras votaciones corre el dinero para comprar votos y todos los electores votan lo mismo: «Anunció a la multitud invisible en las tinieblas que en Donnafugata el plebiscito había dado estos resultados: Inscritos: 515; votantes, 512; sí, 512; no, cero» (Tomasi di Lampedusa 1987, 138). Las cifras

imaginarias de la novela no eran exageradas. En la realidad, el plebiscito por el que los sicilianos votaron en favor de la unidad de Italia, más del noventa y nueve por ciento de los votantes apoyaron la unidad (Gilmour 2004,191).

Giovanni Verga publica una gran novela titulada *Los Malavoglia* (1881). En esta tragedia, el autor retrata los problemas de una familia de pescadores en Sicilia, apodados «Los Malasangre», durante la unificación italiana. Verga describe a los débiles, a las clases bajas de la sociedad, en toda su honda humanidad a través de un sinfín de naufragios, deudas, venganzas y amores imposibles.

La película *El árbol de los zuecos* (1978) de Ermanno Olmi muestra la vida de unos campesinos de la Italia septentrional a finales del siglo XIX. A lo largo del largometraje de tres horas de duración se suceden los nacimientos, las bodas, las fiestas y, sobre todo, los trabajos de sol a sol en el campo bajo la mirada severa del patrón y de su capataz. Drama costumbrista, cuasi documental, ganador de la Palma de Oro del Festival de Cannes y del César al mejor film extranjero.

Del mismo año y de la misma temática es la novela *El país de las ranas* (1978) de Pina Rota Fo, madre del Premio Nobel de Literatura Dario Fo. Una familia campesina del norte de Italia vive los cambios del inicio del siglo XX. El padre no quiere que ninguno de sus siete hijos se marche a la ciudad, pero casi ninguno le hace caso. Como hombre anclado en el pasado no comprende tantos cambios en tan poco tiempo:

¡¿Dónde va a parar el mundo?! –decía con satisfacción, soltando una carcajada–. Ya no hay religión, ¡la gente no respeta su sitio! Si incluso estos toscos campesinos quieren ser músicos y creen tener un espíritu poético como los señores, ¿qué será de nosotros? (Rota Fo 1987, 95).

En el caso de Francia, el llamado fin de siglo se relacionó con el término decadencia. En aquellos años, las connotaciones negativas de incertidumbre, inseguridad y derrotismo prevalecieron sobre todas las demás (Weber 1989, 21).

Después de la derrota en la guerra franco-prusiana se convocaron elecciones generales en 1871. La victoria recayó en los monárquicos. La respuesta radical a estos resultados fue la Comuna de París. La capital francesa sufrió una revolución sangrienta. Durante dos meses, las masas se adueñaron de

las calles agitadas por los descontentos guardias nacionales, que habían sufrido la supresión de sus sueldos. Se sucedieron las barricadas, los incendios, los asesinatos de aristócratas, burgueses y clérigos. Ardió el ayuntamiento y fue asesinado el arzobispo de París. Más de veinte mil muertos y doscientos edificios calcinados. La dura y despiadada represión del gobierno de Thiers redujo la *Commune* a cenizas (Burleigh 2005, 387-388; Burleigh 2008, 102; Weber 1989, 146-147).

La novelista danesa Isak Dinesen escribe un relato magistral titulado *El banquete de Babette* (1958). Babette es el nombre de una cocinera francesa que huye de la represión tras la Comuna de París y se refugia en un pueblo pesquero de Noruega, gracias a dos caritativas y vetustas damas, hijas de un pastor luterano. Un amigo francés envía una carta a las dos mujeres piadosas, rogando que ayuden a la portadora del mensaje:

La guerra se ha desatado en nuestras calles. Las manos francesas han derramado sangre francesa. Los nobles *communards*, al levantarse en defensa de los Derechos del Hombre, han sido aplastados y aniquilados. El esposo y el hijo de Madame Babette, eminentes peluqueros los dos, han muerto. Ella misma fue detenida por *pétroleuse* [palabra empleada aquí para designar a las mujeres que pegan fuego a las casas con petróleo] y ha escapado por los pelos de las sangrientas manos del general Galliffet. Ha perdido cuanto tenía y no se atreve a permanecer en Francia (Dinesen 1986, 42-43).

El relato breve, fluido y bello, es transformado en imágenes por el director de cine danés Gabriel Axel en *El festín de Babette* (1988). La película se recrea en la preparación de una cena exquisita en recuerdo del centenario del pastor difunto. Babette agradece con un menú primoroso, cuanto se había hecho por ella. Esta obra maestra cinematográfica, que mantiene el mismo nivel de la narración, gana el Óscar a la mejor película de habla no inglesa y el Premio Especial del Jurado en Cannes.

La proclamación de la Tercera República se inspiró en los principios revolucionarios de la Revolución francesa de 1789: libertad, igualdad y fraternidad. El gobierno republicano aprobó numerosas leyes liberales en los años ochenta: enseñanza gratuita, laica y obligatoria, libertad de reunión, libertad de prensa y libertad sindical. Se restableció el divorcio y, progresivamente, bajó la natalidad, una consecuencia clara del cambio de leyes y costumbres (Della Peruta 1992, 346; Weber 1989, 115-118).

El espíritu reformista y anticlerical del gobierno de Jules Ferry en los años ochenta prosiguió en el cambio de siglo. El gobierno de Émile Combes, antiguo seminarista y después masón, aprobó leyes contra la enseñanza impartida por religiosos (1904) y a favor de la separación radical de la Iglesia y del Estado (1905). De este modo, se retiró a la Iglesia católica de la educación y se excluyó sistemáticamente a los católicos de los altos mandos de la milicia. Pío X condenó los principios laicistas de esta legislación, que había quitado a los católicos el treinta por ciento de los establecimientos de enseñanza y poco después había suspendido el Concordato. Además de las leyes anticlericales se aprobaron leyes de tipo social, como la reducción de la jornada minera a ocho horas, el descanso semanal obligatorio y los retiros obreros (Introvigne 1994, 48; Loyer 2017, 209).

La política exterior francesa anhelaba la aureola de prestigio del Imperio británico, tanto por extensión como por número de habitantes. Los problemas fueron afrontados mediante alianzas con Gran Bretaña y Rusia, y el Imperio francés procuró mantenerse fuerte ante Alemania (Della Peruta 1992, 350; Weber 1989, 144).

En la sociedad parisina y también en buena parte de las capitales occidentales se detectó un auge del antisemitismo en el último tercio del siglo XIX. El «affaire Dreyfus» evidenció el creciente odio a lo hebreo. Alfred Dreyfus, capitán del Estado Mayor de origen judío, fue acusado de espía por pasar información a los alemanes y condenado en 1894 al penal de la isla del Diablo. Cuatro años más tarde, un grupo de intelectuales y políticos firmaron un manifiesto contra el proceso –no exento de pruebas falsas y prejuicios racistas–, calificado de farsa. El novelista Zola escribió una carta, dirigida al presidente de la república y difundida en miles de copias, en la que acusaba a la autoridad militar de ocultar pruebas de la inocencia de Dreyfus. El nuevo juicio polarizó la sociedad francesa: por un lado, la protesta recibió apoyos de liberales, socialistas, radicales y republicanos; y, por el otro, se opusieron los nacionalistas, monárquicos y conservadores. Finalmente, Dreyfus fue declarado inocente tras varios procesos y combatió en la Gran Guerra (Blom 2016, 262; Burleigh 2005, 405-406; Tuchman 1966, 171-197, 224-225; Weber 1989, 160-169).

Entre los testigos del «affaire Dreyfus» estaba Theodor Herzl, prestigioso y cosmopolita periodista vienes de origen judío. Desde el principio, Herzl defendió la inocencia de Dreyfus y denunció el sentimiento antisemita de los acusadores. Herzl, considerado el fundador del sionismo moderno, propug-

nó la creación de un Estado judío en Palestina. Consiguió ser recibido por Pío X en el Vaticano porque quería obtener el apoyo papal para el regreso de los judíos a tierras palestinas. La tesis de Herzl no se basaba en la tradición hebrea del pueblo elegido, que pretendía la vuelta a sus orígenes y tradiciones, sino en la idea nacionalista de la unión de raza y nación en un pueblo, en un Estado. La judeofobia fue *in crescendo* en las postrimerías del siglo XIX. Y con el paso del tiempo adquirió un carácter más violento en la Europa central, pasando el antisemitismo racial a ser la base del antisemitismo político (Hispán 2017, 128; Gaillard – Rowley 2000, 215; Stach 2016, 254, 756).

Zweig conoció a Herzl en Viena antes de publicar su obra profética *El pueblo judío*, en la que invitaba a todos los hebreos del mundo a formar parte de una nueva patria en Palestina:

Sin sospecharlo, Herzl había avivado las ascuas del judaísmo que ardían bajo las cenizas del exilio: el milenarismo mesiánico del retorno a la Tierra Prometida, confirmado por los libros sagrados; había avivado esa esperanza que era al mismo tiempo, certeza religiosa, la única que todavía daba sentido a la vida de millones de personas pisoteadas y esclavizadas (Zweig 2001, 142).

El escritor francés Marcel Proust dedica un capítulo al caso Dreyfus en la novela inconclusa *Jean Santeuil* (1952). Defiende la inocencia del acusado en estas páginas casi autobiográficas, llenas de lentas y minuciosas descripciones, detalles nimios, que iluminan situaciones y hechos de la vida. En la novela, el protagonista Jean Santeuil sigue el proceso, que se celebra en el Palacio de Justicia, deseoso de que se aclare todo (Proust 2006, 450).

Menos conocido que Proust pero con gran talento de novelista e historiador, Henri Daniel-Rops publica *Muerte, ¿dónde está tu victoria?* (1934), novela de ritmo rápido sobre una mujer francesa llena de vitalidad en la Francia de fin de siglo. El recorrido existencial de esta joven, desde su oficio de institutriz hasta su matrimonio con un senador, se caracteriza por la continua rebeldía, propia de una dama inconformista, marcada por la lectura juvenil de Nietzsche.

Más de un siglo después, Roman Polanski dirige la película *El oficial y el espía* (2019) sobre el caso Dreyfus. Se centra en la figura de un oficial que descubre pruebas falsas después del juicio, lo que le conduce a reabrir el caso a pesar de múltiples obstáculos. Una obra cinematográfica notable, merecedora de dos Premios en el Festival de Venecia.

En los tiempos del «affaire Dreyfus» se creó el cinematógrafo de los hermanos Lumière, abierto todos los días, y a precio reducido para niños y militares. «Un espectáculo extraño» escribió un periodista en un diario parisino. «Teatro de fotografías vivientes», así se anunció el primer cine fijo en Praga (Loyer 2017, 272-273; Stach 2016, 525; Weber 1989, 226; Wiesenthal 2020, 170).

En la novela *La claque* (1986), Juan Miñana relata la curiosa historia de un empresario francés en la Barcelona finisecular, donde abre una academia centrada en enseñar a aplaudir. Por curiosidad, el protagonista entra en un cinematógrafo y asiste a una de aquellas sesiones de las que tanto se habla. Al terminar el espectáculo piensa que ese negocio no tendrá futuro:

Tenía la certeza de que aquella memez jamás podría competir con el teatro, como aventuraban últimamente los entusiastas de turno. La invención estaba bien como curiosidad de feria –ahora lo sabía– pero no daba opción al calor del público ni a su contacto con los artistas (Miñana 1986, 203).

En su autobiografía, Zweig recordó lo que sucedió en un cine de Tours, manifestación de la enemistad entre Francia y Alemania todavía latente en la primavera de 1914:

Tan pronto como el emperador Guillermo apareció en la pantalla, una pitada tremenda y un pataleo furioso estallaron espontáneamente en la oscurecida sala. Todo el mundo gritaba y silbaba, mujeres, hombres y niños se mofaban, como si el monarca los hubiera ofendido personalmente. La buena gente de Tours, que no sabía del pánico y del mundo más que lo que leía en los periódicos, habían enloquecido por unos instantes. Me asusté (Zweig 2001, 270-271).

En Gran Bretaña, los conservadores –liderados por Benjamin Disraeli y su sucesor el marqués de Salisbury– gobernaron durante treinta años de manera casi ininterrumpida, salvo durante dos periodos breves dirigidos por el liberal William Gladstone. Tanto Disraeli como Gladstone compartían el afán de reformas en el último cuarto del siglo XIX. Uno de los principales cambios consistió en la reforma electoral con tres hitos: el aumento del número de electores, el voto secreto y el cambio en las circunscripciones electorales. Por tanto, progresivamente se dieron pasos –no pequeños– en el tránsito gradual del liberalismo constitucional a la democracia, hasta llegar al sufragio universal al terminar la Gran Guerra (Barraclough 1965, 157; Schama 2003, 272-273; Tuchman 1966, 12-13).

Otro campo de reforma se dirigió hacia el proceso de secularización. En 1870 se aprobó la Ley Forster, que estableció la escolarización de niños de cinco a doce años. Se recomendaba enseñar la Historia Sagrada desde una posición neutral, es decir, se proponía prescindir de cualquier elemento distintivo de una confesión determinada. Por aquellos años, en varios países del continente se dieron medidas secularizadoras, impulsadas por el Estado con el fin de reducir el papel de la religión en la sociedad (Burleigh 2005, 378, 398; Tuchman 1966, 353).

En cuanto a política internacional, el Reino Unido había consolidado a lo largo del siglo XIX el mayor imperio mundial extendido por los cinco continentes, con treinta millones de kilómetros cuadrados y más de cuatrocientos millones de habitantes. Los británicos se sentían orgullosos de su capacidad civilizadora. Disraeli llegó a decir en la Cámara de los Comunes, que Gran Bretaña se había emancipado de Europa. En el continente asiático, el Imperio británico había chocado con el Imperio ruso por el dominio del mundo. Con el cambio de siglo, la política exterior británica dio un giro y el *Foreign Office* buscó la alianza de Estados Unidos y Japón. El acuerdo anglo japonés, firmado en 1902, significó el fin de una etapa, en la que Gran Bretaña había vivido emancipada del Viejo Continente y el inicio de una nueva era en la escena europea (Barraclough 1965, 139; Ferguson 2021, 172-173; Kennedy 1989, 361; Schama 2003, 195, 208-209).

En las postrimerías del periodo victoriano y durante el reinado de Eduardo VII, los dos grandes problemas del Reino Unido fueron los irlandeses y los obreros. Irlanda dividió a los políticos ingleses. Por un lado, los conservadores propugnaron una política unionista; y, por otro lado, la mayor parte de los liberales defendieron la concesión de una cierta autonomía (*Home Rule*), contando con el apoyo de los laboristas y de los nacionalistas irlandeses. El gobierno liberal preparó una Ley de Autonomía para Irlanda, que finalmente no llegó a aprobarse (Fusi 2019, 19; Schama 2003, 286, 326; Tuchman 1966, 4, 13; Tooze 2016, 256).

La agitación obrera giró al compás de la multiplicación de las huelgas y de los actos violentos. La sociedad británica había sufrido un cambio profundo en el tránsito del cambio de siglo como consecuencia del crecimiento demográfico (de veinticinco millones de habitantes en 1870 se pasó a cuarenta millones antes de la Gran Guerra) y de la urbanización (el setenta y cinco por ciento de la población británica vivía en ciudades). En este contexto de

cambio profundo surgió una tercera fuerza política, el Partido Laborista, que clamaba por ser la voz de amplias masas que no se consideraban representadas por los dos partidos tradicionales (Schama 2003, 315).

Henry James sitúa la novela *Los periódicos* (1903) en el bullicioso Londres de principios del siglo XX. Retrata la vida de una pareja de periodistas, jóvenes y enamorados, en busca de noticias. La desaparición de un caballero famoso arroja a los dos a una investigación con un final no trágico. El joven periodista explica su visión de la sociedad a su colega:

Pero nosotros vamos contracorriente. Vemos, comprendemos; sabemos que tenemos que vivir, y cómo vivimos. Al menos, lo hacemos así, los dos solos, nos tomamos nuestra revancha intelectual, nos libramos de la indignidad de hacer el necio tratando con necios. Lo cual no quiere decir que no disfrutáramos más si lo fuéramos. Pero es algo que no se puede evitar. Carecemos del don, del don de... de no ver. Lo hacemos lo peor que podemos para lo que nos pagan (James 2002, 14-15).

En una obra maestra titulada *El retrato de una dama* (1908), Henry James concede un papel importante en la trama de la novela a una joven periodista norteamericana. La protagonista, Isabel Archer, es el personaje más shakesperiano del gran narrador: una dama joven, sensible, bella y rica, que recibe parabienes y proposiciones de tres admiradores, pero elige como esposo al menos dotado, un norteamericano ambicioso afincado en Italia. El enigma de la novela consiste en averiguar por qué se casa con un viudo, ya mayor, con doblez y sin fortuna. Una novela moderna, exigente, de una lectura atenta y comprensiva, y una novela clásica, perenne por el valor trágico de la protagonista.

La directora neozelandesa Jane Campion adapta la vida de Isabel Archer en *Retrato de una dama* (1996). Nicole Kidman brilla a la altura de John Malkovich y Christian Bale. Algunos cinéfilos critican la película por no reflejar fielmente toda la belleza y delicadeza de la novela.

El novelista irlandés John Banville se atreve a continuar la trama de *El retrato de una dama* en *La señora Osmond* (2018). Isabel Archer abandona a su marido en Roma y decide enfrentarse a él hasta el extremo de tramar una venganza. En esta proeza literaria, la protagonista se encuentra con un periodista inglés comprometido con todas las causas polémicas del momento:

La reforma de la ley electoral, la autonomía de Irlanda, el liberalismo, los sindicatos, la eliminación de los vínculos entre la Iglesia de Inglaterra y el Estado... –de hecho, aludió a tantos «ismos» que dieron la impresión de descender en picado sobre la salita como golondrinas– y, por supuesto, el sufragio femenino universal. Al citar este último dirigió una mirada muy cálida y elocuente a Isabel (Banville 2018, 315-316).

En la película *Sufragistas* (2015), la directora británica Sarah Gayron plantea la lucha de miles de mujeres por obtener el voto. Una obrera londinense pierde su trabajo y se ve obligada a abandonar a su marido e hijo por la causa feminista. Cabe destacar tanto el papel de Meryl Streep, que encarna a la líder sufragista Emmeline Pankhurst, como el guion de la galesa Abi Morgan. En resumen, una recreación histórica notable de las sufragistas, protagonistas de la primera ola feminista.

2. El Imperio ruso

En un sector de la intelectualidad rusa se difundió la idea de la superioridad eslava frente a la decadente cultura occidental. El novelista Fiodor Dostoyevski, que se sentía tan ruso como europeo, pasó una temporada larga recorriendo Berlín, París, Londres y Viena. Este periplo reafirmó su paneslavismo al sostener que los rusos pertenecían a un pueblo extraordinario en la historia de la humanidad. Parte de la misión civilizadora de Rusia consistiría en transformar Asia, tal como hizo Europa cuando descubrió y conquistó América. Como contrapunto a la sociedad materialista, descreída y corrupta de Occidente, Dostoyevski pensaba en su patria, la Tercera Roma, llamada a salvar la humanidad (Chudoba 1980, 268; Insausti 2021, 113; Fazio 2015, 22-23, 82; Montefiore 2016, 535, 575; Waegemans 2003, 156-157).

En la novela *Humillados y ofendidos* (1861), Dostoyevski presenta unos campesinos en su propio entorno. Sin lirismo, describe el conflicto del mundo rural ruso en el contexto de la transformación de la servidumbre hacia una progresiva liberación. Un príncipe perverso destroza la vida de las dos familias protagonistas de la novela, y confiesa uno de sus crímenes al autor:

Recuerdo que en una finca había un campesino, un mozo joven y guapo. Yo le castigué duramente y quise declararle soldado (diabluras pasadas, poeta mío); pero no lo hice así. Se murió en mi casa, en el hospital... Porque yo tenía en la aldea un hospital con doce camas (un

edificio magnífico; mucha limpieza, suelos entarimados), aunque hace ya mucho tiempo que lo deshice; pero entonces tenía cifrado en él mi orgullo: era filántropo. Bien: pues al tal campesino por poco le mato a azotes por su mujer... (Dostoyevski 1989, 429).

1861, el año de la publicación de *Humillados y ofendidos*, fue un punto de inflexión en la historia rusa con motivo de la liberación de los siervos. La Ley de Emancipación liberó a más de veinte millones de campesinos, que ya no permanecieron aherrojados al régimen señorial. Entre otras medidas se prohibieron los castigos corporales y se instituyeron jurados para resolver litigios y conflictos. De este modo, los campesinos podían abandonar la tierra al solicitar permiso a los propietarios, una conquista no pequeña (Beevor 2022, 15; Payne 2011, 36; Pipes 2016, 122; Service 2001, 4).

Al año siguiente, Iván Turguéniev publicó una de sus mejores novelas, *Padres e hijos* (1862). Basárov, estudiante de medicina, hijo de campesinos, no se contenta con la emancipación de los siervos, y desea más cambios. El joven inconformista representa al intelectual nihilista, que ansía reformarlo todo, y no es entendido ni seguido por la gente sencilla. Al final de la novela, Basárov entabla una conversación con un campesino sobre el sentido de la vida. A simple vista, parece que el universitario se preocupa por la situación de las clases populares, pero en el fondo denota superioridad y desprecio hacia ellas, y el viejo aldeano se da cuenta:

Entretanto Basárov se encogió de hombros despectivamente, aquel mismo Basárov, tan seguro siempre de sí mismo (que ante Pável Petróvich se jactaba de saber hablar con los campesinos), ni siquiera podía sospechar que él, a los ojos de éstos, no era más que un botarate... (Turguéniev 1987, 192).

La fama de Turguéniev había crecido tras la publicación de *Relatos de un cazador* (1852), una descripción realista del campo ruso. Se ha escrito que el libro influyó en la decisión del zar de prohibir el derecho a la propiedad señorial de los siervos, cumpliendo un papel análogo a *La cabaña del Tío Tom* de Mark Twain y la cuestión esclavista en Estados Unidos (Fazio 2015, 57-58, 61-67; Waegemans 2003, 168).

En uno de los relatos, Turguéniev comenta la situación de unos campesinos acomodados, que formaban un grupo intermedio entre los terratenientes y los siervos. Uno de los pequeños propietarios se queja del mal trato dado al campesino:

Desgraciadamente, los señores jóvenes son demasiado malos. Tratan al *mujik* [campesino] como a un juguete; le dan vueltas y más vueltas, lo estropean y después lo tiran. Luego su intendente, que es un siervo, o su gerente, un alemán, recoge al *mujik* y le tratan a patadas. Cualquiera de estos jóvenes señores puede muy bien, después de eso, teorizar sobre cómo deben tratarse estas cosas. Y ¿de qué modo puede acabar? ¿Tendré que morirme sin haber visto un nuevo régimen? ¡Qué situación tan enigmática! Los viejos tiempos han muerto y los nuevos no han nacido todavía (Turguénev 1946, 158).

En otro relato, cuenta la historia de dos gentilhombres, y se detiene en la descripción de un señor venido a menos, propietario de tierras estériles y de unos cuantos siervos: «Al morir no dejó a su único heredero Pantelói más que una pequeña aldea hipotecada, Bezsonovo, con treinta y cinco almas de sexo masculino y setenta y seis de sexo femenino» (Turguénev 1946, 41).

Como señaló Montefiore, a la muerte de Dostoyevski, León Tolstói pasó a ser el hombre más célebre y de mayor autoridad moral de Rusia. Según Zweig, Tolstói era el hombre que sabía describir mejor y el más documentado de aquellos tiempos. En su autobiografía novelada *Infancia*, Tolstói reflejaba la vida en una finca rural extensa, el contacto con los siervos y las labores del campo. Entre otros sucesos, se acordaba de cómo un lacayo compró su libertad o de cómo una criada quedaba libre después de veinte años de servicio (Montefiore 2016, 602; Tolstói 2007, 69, 165; Zweig 1952, 1148).

A su vez, a la muerte de Tolstói, Maksim Gorki fue el literato más popular en Rusia. En la primera entrega de su trilogía autobiográfica, también titulada *Infancia* (1914), desfilan personas singulares: la abuela buena y piadosa, el abuelo todopoderoso y violento, los tíos, un gitanillo y otros personajes. Se trata de una de las mejores obras autobiográficas de todos los tiempos, que comienza con la muerte de su padre y termina con el entierro de su madre.

Nicolái Gógol cuenta en la novela *Almas muertas* (1842) la historia triste de Chíchikov, un hombre dedicado a engañar a todo el mundo. Supuestamente rico y honrado, Chíchikov hace pasar nombres de campesinos muertos como si estuvieran vivos y laboriosos en sus propiedades con la idea de aparentar ser terrateniente. El título de esta gran obra literaria hace referencia a la corrupción de la burguesía y de las clases altas. Gógol describe magistralmente a un tipo de persona ansiosa de éxito que se sirve de la mentira:

Se podía comparar el estado de su alma con una construcción desmontada con objeto de construir otra con el mismo material, pero que aún no ha sido empezada porque no ha llegado el plano del arquitecto y los obreros se encuentran sin saber qué hacer (Gógol 1962, 743).

El gobierno de Alejandro II constituía una auténtica autocracia, es decir, la voluntad del zar representaba la ley suprema. Esta manera de conducir al pueblo ruso recibió contestación por parte de una corriente partidaria de imitar el modelo occidental y liberal, que en concreto propugnaba la creación de partidos políticos. Y, por otra parte, esta autocracia sufrió ataques del nihilismo, un movimiento radical y crítico, que rechazaba la religión, la moral y el poder ilimitado del zar. Los jóvenes nihilistas, muchos de ellos formados en la universidad, sin trabajo y sin futuro, optaron por las acciones terroristas. Entre las víctimas se encontraba el propio zar, asesinado en 1881 (Burleigh 2008, 58; Loyer 2017, 213; Montefiore 2016, 522; Pipes 2016, 4, 156; Service 2001, 3).

En la novela *Padres e hijos*, Turguéniev pone en boca de un amigo del protagonista una definición precisa de nihilista: «Nihilista es un hombre que no acata ninguna autoridad, que pone en duda y no acepta ningún principio, por muy respetable que sea» (Turguéniev 1987, 23).

A partir de la liberación de los campesinos, el pueblo ruso había vislumbrado grandes esperanzas, pero las expectativas no pudieron verse satisfechas. En realidad, los campesinos siguieron sujetos a sus antiguos amos en las mismas tierras, si bien adquirieron una cierta autonomía jurídica y la libertad –más teórica que real– para emanciparse. Gran avance se dio gracias a la creación de un sistema judicial nuevo, caracterizado por los procesos con jurado (Fazio 2015, 29; Montefiore 2016, 517).

En los Balcanes, el paneslavismo –alimentado por Rusia– se enfrentó a la dominación otomana y la guerra terminó con la derrota turca. En el Tratado de San Estéfano de 1878, el Imperio otomano reconoció la independencia de Rumanía, Serbia y Montenegro y del principado de Bulgaria. El tratado de paz fortaleció en cierta medida al Imperio ruso y debilitó sobremanera al Imperio otomano. La victoria acrecentó el espíritu paneslavista de escritores e intelectuales rusos (Comellas 2010, 31, 47-48; Fazio 2015, 24; Kennedy 1989, 404; Montefiore 2016, 561).

Alejandro III optó por el orden y el control de la sociedad. La situación económica no era nada halagüeña. Rusia dependía de los préstamos occi-

dentales, especialmente de Francia, tanto para la construcción del Ferrocarril Transiberiano como para la expansión industrial. En el cambio de siglo, Rusia experimentó un rápido crecimiento de la producción industrial, hasta llegar a ser la quinta economía del mundo. Uno de sus aciertos fue nombrar al director de los Ferrocarriles del suroeste, Sergéi Witte, ministro de Comunicaciones y después de Hacienda. La hambruna de 1891 provocó millares de muertos, pero Rusia comenzó una etapa de crecimiento después de aquella crisis. La construcción del Ferrocarril Transiberiano fue el escaparate de la modernidad que unía Europa y Asia (Burleigh 2005, 322; Kennedy 1989, 357; Montefiore 2016, 609-611; Pipes 2016, 13, 86; Sanborn 2015, 147-149).

Nicolás II promovió un programa modernizador elaborado por el conde Witte. Entre otras ideas, Witte expuso que el Estado debía dirigir la economía, incluso la explotación de las minas y el desarrollo de las comunicaciones, sufragando esto gracias a los impuestos de la población campesina. Favoreció las inversiones extranjeras en Rusia hasta un tercio del capital total de la industria. Witte se consagró como un gran político reformador, que terminó la construcción del Transiberiano (Montefiore 2016, 611; Redondo 1984a, 216-217).

En este momento histórico de cambio profundo entró en escena un personaje conocido por el pseudónimo de Lenin, que había sido bautizado en la Iglesia ortodoxa con el nombre de Vladímir Ilich Uliánov. Creció en una familia acomodada y numerosa, hijo de un inspector de Educación y de una mujer culta, el tercero de seis hermanos. A los diecisiete años, el estudiante modélico presenció la ejecución de su hermano mayor, acusado de querer atentar contra el zar. Desde entonces, su impulso vital nunca dejaría de ser la venganza y el odio: derrocar a los Romanov (Gentile 2019, 24-28; Kershaw 2022, 45-46; Pipes 2016, 371-373; Service 2001, 275).

Lenin convenció a varias agrupaciones obreras marxistas de la necesidad de unir esfuerzos en el nuevo Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. En el segundo congreso de los socialdemócratas rusos se aprobaron los estatutos y el programa. Muy pronto se produjo la escisión: los bolcheviques (mayoritarios) se consideraban marxistas ortodoxos, centrados en fomentar la lucha de clases con el objetivo de alcanzar la dictadura del proletariado; y los mencheviques (minoritarios), marxistas abiertos al diálogo con liberales, demócratas y progresistas. El Partido Bolchevique fue una creación de Le-

nin, que protagonizó el triunfo de la revolución tras el derrocamiento de los Romanov (Pipes 2016, 369-389; Service 2001, 157-178).

En uno de sus escritos titulado *Tareas urgentes de nuestro movimiento*, Lenin afirmó que una minoría bien preparada debía dirigir a los obreros contra el capitalismo: «Hay que preparar a hombres que no consagren a la revolución sus tardes libres, sino su vida íntegra» (Pipes 2016, 386).

A finales del siglo XIX, el Imperio ruso se extendía por una sexta parte de la superficie terrestre, y siguió expandiéndose hasta que encontró otro imperio que le hizo frente. El plan expansionista de Nicolás II hacia tierras de Manchuria y Corea chocó con Japón. La flota nipona hundió buena parte de los barcos rusos. La guerra ruso-japonesa (1904-05) terminó con la derrota del ejército ruso. La catástrofe de la guerra conmocionó a toda la sociedad rusa. La burguesía pidió al zar la apertura al mundo político occidental mediante la introducción de instituciones liberales. Mientras tanto, la vanguardia marxista se aferró a la necesidad de concienciar y movilizar al proletariado en aras de la revolución (Brook 2021, 399-401; Ferguson 2005, 247-248; Montefiore 2016, 662-667; Pipes 2016, 14-23; Williams 2006, 92).

En la novela *Doctor Zhivago*, Pasternak comienza la segunda parte «Una muchacha de otro mundo» con la aparición de Lara en Moscú durante esa difícil coyuntura histórica:

La guerra con Japón aún no había terminado. De improviso quedó relegada a un segundo plano por otros acontecimientos. Las olas de la revolución, a cual más alta y extraordinaria, recorrían Rusia (Pasternak 2010, 33).

Una manifestación pacífica recorrió las calles de San Petersburgo el 9 de enero de 1905. Antes de su celebración, un grupo de intelectuales encabezado por el escritor Gorki visitó al ministro de Interior, Serguéi Witte, para informarle del carácter pacífico de la marcha. Sin embargo, el ejército disolvió a tiros a los manifestantes, que pedían derechos y cierta representación política. El Domingo Sangriento desencadenó una oleada de huelgas y manifestaciones. Después de varios meses de agitación política, Nicolás II anunció una reforma en el llamado Manifiesto de Octubre de 1905, que inició una apertura de corte liberal, mediante la constitución de una asamblea consultiva, la Duma, elegida por sufragio restringido. La promesa de una primera Constitución y la concesión de derechos civiles certificaron el principio del fin de la autocracia rusa. No obstante, los levantamientos y las huel-

gas motivaron al zar a limitar las libertades concedidas. En la Revolución de 1905, los bolcheviques no tuvieron influencia importante en el transcurso de los acontecimientos (Massie 2004, 603; Montefiore 2016, 673; Payne 2011, 36; Pipes 2016, 26-48, 390; Williams 2006, 100).

Pasternak describe una de las manifestaciones que siguieron al Manifiesto de Octubre en Moscú, que también David Lean recoge en la película *Doctor Zhivago* de manera realista:

Durante un rato cantaron *La Varsovia*, *Caísteis como víctimas* y *La Marsellesa*, pero, de pronto, el hombre que estaba al frente de la manifestación y que, caminando de espaldas, dirigía el coro con los amplios movimientos de su gorro cosaco apretado en el puño, se lo puso en la cabeza, dejó de cantar y, volviendo la espalda a la procesión, continuó avanzando y empezó a escuchar lo que decían los organizadores que caminaban a su lado. Se oyó entonces el paso crujiente de la incalculable muchedumbre sobre la calzada helada.

Algunos simpatizantes habían advertido a los organizadores de la marcha que los cosacos aguardaban más adelante a los manifestantes. La emboscada inminente había sido comunicada por teléfono a la farmacia más próxima (Pasternak 2010, 52).

En el largometraje *Nicolás y Alejandra* (1971), de Franklin Schaffner, se presenta la manifestación del Domingo Sangriento. Las gentes protestan de manera pacífica, piden pan y trabajo, pero reciben golpes y disparos por parte de las fuerzas del orden. A pesar de que la película se basa en el libro *Nicolás y Alejandra* (1967) del historiador Robert K. Massie se descubren inexactitudes históricas. No obstante, el film de tres horas de duración refleja las luces y las sombras de la corte del último zar. Recibió seis nominaciones en la ceremonia de los Óscar y ganó dos Premios, uno al mejor diseño y otro a la mejor dirección artística.

Lenin, que aparece en varias escenas de la película de Schaffner a la espera del mejor momento para dar su golpe, abandonó Rusia y vivió en Gran Bretaña, Francia y Suiza a la espera de un momento propicio para la verdadera revolución. Al final de la película *Nicolás y Alejandra*, Lenin viaja de Suiza a Rusia con el visto bueno del gobierno alemán, y ya en su tierra promete la paz. El líder comunista había esperado en Zúrich una coyuntura favorable para volver a su patria. El gobierno alemán le permitió cruzar sin ninguna dificultad Alemania en la primavera de 1917, tal como lo ha relatado Stefan

Zweig en uno de los momentos estelares de la humanidad, titulado *El tren de libre circulación* (Zweig 1968, 229-239).

Tolstói, considerado por muchos como el segundo zar de Rusia por su autoridad moral, protestó contra la guerra ruso-japonesa y también contra la represión tras la fallida revolución de 1905. La actitud contestataria aumentó su fama, pero las autoridades rusas no obraron en consecuencia, si bien no le negaron la pretensión de ser la voz de la conciencia del pueblo (Fazio 2015, 123; Montefiore 2016, 704; Waegemans 2003, 233).

La novela *La partida del profesor Martens* (1984) del estonio Jaan Kross sirve de aproximación a la Rusia de principios del siglo XX. Convocado por un ministro del zar, un afamado jurista viaja en un tren. Durante el trayecto, el apuesto hombre de leyes procura conquistar a una joven inteligente de ideas revolucionarias. Fracasa en el intento. Prosigue su habitual monólogo, que le conduce a preguntarse quién es y qué hace: cae en la cuenta de que es capaz de pasar por alemán, ruso o estonio según las circunstancias y de que podría volver a traicionar a su esposa. La novela se convierte en un reflejo de una determinada coyuntura histórica, donde se mezcla ficción y realidad: el jurista parece una imagen de la vieja Rusia frente a la nueva Rusia representada por la joven socialista.

El Imperio ruso, un gigante con los pies de barro, se enfrentó durante la Primera Guerra Mundial a los otros tres grandes imperios, el alemán, el austro-húngaro y el otomano, que también se desintegraron a raíz del conflicto, como se verá más adelante.

3. Los Imperios centrales

Alemania experimentó un crecimiento económico ininterrumpido durante la segunda mitad del siglo XIX hasta alcanzar el liderazgo continental. La revolución industrial germana fue conducida por el Estado y los bancos, en particular por el *Deutsche Bank* (Barraclough 1965, 122; Breully 2004, 158; Kennedy 1989, 340).

La guerra franco-prusiana tuvo su origen en la revolución española de 1868. El derrocamiento de Isabel II había dejado vacante el trono en España, apetecido por la Casa alemana de los Hohenzollern. Francia vislumbró un serio peligro –flanqueada por dos naciones bajo la misma dinastía– y pidió a Alemania que retirase la candidatura. El emperador Guillermo I contestó

mediante un telegrama –el telegrama de Ems– que fue modificado maquiavélicamente por Bismarck. Napoleón III cayó en la trampa al tomar el mensaje como una provocación y declaró la guerra a Alemania. La paz de Frankfurt (1871) convirtió a la victoriosa Alemania en la nación más poderosa y temida del continente. El Estado nación alemán se fundó con la aspiración de convertirse en un gran imperio (Briggs – Clavin 1997, 137; Burdiel 2010, 825-829; Jones 2015, 94; Kumar 2023, 111; Tampke 2019, 17-23).

El káiser Guillermo I confiaba los asuntos de ordinaria administración al canciller Bismarck. Los principales problemas de política interior eran los católicos y los socialistas. El canciller temía a los primeros al pensar que constituían un pequeño Estado dentro del gran Estado prusiano. Por ello, orquestó una campaña anticatólica denominada lucha de culturas, *Kulturkampf*. Entre otras medidas, encarceló y exilió a buena parte del clero católico, al que había intentado convertir en una especie de funcionarios del Estado mediante la jura de una constitución civil. Únicamente una minoría de sacerdotes católicos se plegó a las medidas estatales. La Ley sobre las órdenes y congregaciones disolvió todas las instituciones religiosas salvo las dedicadas a tareas hospitalarias. Para hacer frente al segundo problema, aprobó leyes que limitaban la libertad de expresión y de reunión para las publicaciones y las asociaciones de carácter socialista (Breully 2004, 166; Burleigh 2005, 178; Rován 1964, 127-170; Seewald 2020, 245; Tampke 2019, 25).

Guillermo II no se entendía bien con Bismarck. En las elecciones de 1890, la victoria electoral del bloque formado por católicos, socialistas y liberales permitió la decisión del emperador de cesar al veterano canciller. Guillermo II tenía una cosmovisión distinta de la nación alemana en el mundo. Su *Weltanschauung* sintonizaba con la Liga Pangermana, un movimiento nacionalista fuertemente influido por la llamada derecha hegeliana, que estaba presente en los centros de enseñanza superior y media. La corriente pangermanista pretendía unir a todos los arios y recuperar territorios del Imperio de los Habsburgo, como Países Bajos, Flandes, Suiza y Luxemburgo. Frente a esta postura se posicionaron los católicos y los socialistas (Evans 2015, 28; Payne 2011, 41; Redondo 1984a, 169; Tuchman 1966, 240-243; Tampke 2019, 32).

La política mundial de Guillermo II renovó la Triple Alianza entre el Imperio alemán, el Imperio austrohúngaro e Italia. Por un lado, el emperador alemán enfrió la antigua alianza con el Imperio ruso y, por otra parte, se acercó más al Imperio austrohúngaro con el fin de tener una política de ám-

bito mundial a la par que el Imperio británico y convertir al Imperio alemán en el más poderoso no sólo del continente, sino del mundo. El proyecto guillermino de pasar del II Reich a un imperio mundial terminó en fracaso: la desmedida ambición del káiser le llevó a la ruina, como veremos más adelante (Herre 1996, 201, 337; Kennedy 1989, 400).

Thomas Mann, Premio Nobel de Literatura en 1929, describe equilibrada y magistralmente en *Los Buddenbrook* (1901) la vida de su ciudad natal, Lübeck, a través de tres generaciones de una familia adinerada. El patriarca se instala en una gran mansión, digna de su floreciente poderío económico. El heredero coge el relevo y prosigue la prosperidad familiar. El sucesor, sin vocación comercial, pone en peligro el prestigio del clan familiar. La decadencia se manifiesta en el abandono de la ciudad:

Si la viuda del senador Buddenbrook se hubiese quedado en la ciudad, todavía podían haberse sostenido el nombre y el prestigio de la familia... Pero, fuera como fuese, Madame Antonie estaba decidida a andar con la frente muy alta mientras viviese sobre aquella tierra y las personas se dignasen mirarla. Su abuelo había recorrido el país en coche de cuatro caballos... ¡y eso no podía olvidarse! (Mann 1985, 745).

Cien años después, Heinrich Breloer lleva al cine la novela de Thomas Mann con el mismo título *Los Buddenbrook* (2008). Buena puesta en escena y actores convincentes en una reproducción fidedigna del libro en imágenes.

El Imperio turco tenía frontera con el Imperio austrohúngaro, y se extendía a lo largo y ancho de tres continentes: Asia, África y Europa. En las cancillerías occidentales se le llamaba despectivamente el enfermo de Europa por su situación de decadencia. Sin duda, era un gigante con los pies de barro (Stone 2012, 16; Tuchman 2004, 189).

En el interior del Imperio otomano había tensión entre los partidarios de reformas y los inmovilistas. El sistema de gobierno era autocrático, aunque tolerante teóricamente con las minorías religiosas (cristianos y judíos) y étnicas (eslavos y germanos). Se dio una cierta apertura con la aprobación de una Constitución en 1876, que concedía libertades de cultos y de prensa. El experimento de un régimen parlamentario duró solamente un año. En 1908, por influencia de la revolución rusa de 1905, los «Jóvenes Turcos» se levantaron en pro de una Turquía nueva, y derrocaron al sultán. Los «Jóvenes Turcos» pertenecían a un movimiento liberal encabezado por oficiales del ejército. Se restableció la Constitución de 1876 y fue convocado el parlamento. Entre la

juventud liberal y aperturista sobresalió el carismático Mustafá Kemal, que abogó por la occidentalización de Turquía. La revolución colocó al frente de Turquía al hermano del sultán depuesto, que se convirtió en un gobernante títere en manos de los «Jóvenes Turcos». El principal problema interior radicaba en el atraso económico, que se intentó paliar mediante la llegada de dinero y también de técnicos alemanes, que entre otras cosas se encargaron de la construcción del Ferrocarril Estambul-Bagdad (Ferguson 2012, 144; Kumar 2018, 511-512; Ramón Solans 2019, 129-130; Stone 2012, 130).

Las grandes preocupaciones exteriores eran los continuos conflictos con la vecina Grecia y los nacionalismos en los Balcanes y en Armenia, duramente reprimidos por el ejército imperial. En el ya citado Tratado de San Estéfano, el Imperio otomano quedó debilitado; y, años después, Bosnia-Herzegovina pasó a depender de los Habsburgo durante la anexión producida en 1908 (Comellas 2010, 31, 47-48; Haslinger 2015, 125; Kennedy 1989, 404; Stone 2012, 117-118).

En el libro autobiográfico *Retrato de una familia turca* (1950), Irfan Orga ha conservado algunos ecos de su infancia en Estambul:

Me puse a escuchar lo que decían y oí que repetían muchas veces aquella palabra nueva, *guerra*. [...]. Pero, intervino mi tío, que no estaba de acuerdo, *si vamos a esta guerra, estaremos acabados como nación. Ya casi hemos perdido nuestro imperio, y acabamos de salir de la guerra de los Balcanes vencidos y humillados* (Orga 2001, 51).

El Imperio austro-húngaro nació al año siguiente de la derrota de 1866 frente al victorioso Imperio alemán en la guerra austro-prusiana o guerra de las Siete Semanas. Así pues, Francisco José se coronó en Budapest como rey de Hungría y emperador de Austria en 1867. El Imperio habsbúrgico integraba una amalgama de casi una docena de pueblos: magiares, germanos, checos, eslovacos, polacos, ucranianos, rumanos, serbios, croatas, eslovenos e italianos. La monarquía dual era un imperio supranacional que peligraba por la presencia de enemigos externos e internos (Briggs – Clavin 1997, 131; Chudoba 1980, 254; Magris 1988, 226; 2021, 69; Tooze 2016, 377).

La concesión del sufragio universal en 1907 apenas frenó las tendencias centrífugas, ya que el complicado mecanismo electoral daba ventaja a la población austriaca, que elegía la mitad de los diputados. En las elecciones vencieron los cristiano-sociales y los socialdemócratas, mientras que los liberales y los pangermanistas quedaron derrotados (Della Peruta 1992, 352).

El ambiente político y social de la monarquía austrohúngara se retrata en la obra de Miklós Bánffy, *Los días contados* (1934). Se trata de una gran novela histórica magníficamente narrada, y protagonizada por un joven conde, recientemente elegido diputado. El relato es un trasunto de la vida del autor, político y escritor de la nobleza terrateniente. Discusiones parlamentarias, cacerías, banquetes, bailes y romances se suceden sin solución de continuidad en un ambiente aristocrático decadente. Una manifestación del progreso político fue la aprobación del sufragio universal:

Seguramente suponía un gran sacrificio para ellos aceptar una cosa que consideraban peligrosa. Lo hacían para poder excluir del gobierno a aquellos que iban contra los intereses del país o que habían servido al emperador. Lo hicieron pensando que, si no quedaba más remedio que votar el sufragio universal, ellos sabrían velar mejor por el bien común (Bánffy 2009, 633).

Invierno en Viena (2016) se titula la novela de Petra Hartlieb. Presenta a una niñera en la mansión de un famoso médico y escritor en la capital austriaca a principios del siglo XX. Un día la envía a recoger un libro a una librería, donde conoce a un joven y apuesto dependiente que, poco después, le regala un volumen de Rilke acompañado de una carta. En uno de sus primeros encuentros, el librero se da cuenta de la procedencia rural y católica de la institutriz:

A Oskar aquel impetuoso «buenas tardes le dé Dios» casi le dio la risa. Nunca había empleado esa fórmula de saludo, que en Viena tenía una inmediata connotación política: los conservadores saludaban invocando a Dios, mientras los socialistas deseaban los buenos días (Hartlieb 2018, 103).

Los movimientos nacionalistas cobraron nuevo impulso y transformaron sus reivindicaciones en el deseo de constituir Estados independientes formados por checos, eslovacos, moravos, polacos, rumanos y croatas. El imperio saltó por los aires al producirse el asesinato del heredero a la corona de San Esteban, Francisco Fernando (Valiani 1995, 11).

En la novela *La impaciencia del corazón* (1939), también titulada *Una piedad peligrosa*, Stefan Zweig cuenta la historia de un apuesto teniente austriaco, que se enamora de una mujer joven, rica y bella, pero paralítica. El romance se torna en tragedia. El oficial marcha a un destino peligroso cuando alguien da la noticia de un magnicidio:

Se ha perpetrado un crimen atroz, que llena de horror a Austria-Hungría y a todo el mundo civilizado. ¿Qué crimen?, pienso atemorizado. Sin querer, me pongo a temblar, como si lo hubiera cometido yo. El alevoso asesinato... ¿Qué asesinato? de nuestro muy amado heredero al trono, su alteza real e imperial, el archiduque Francisco Fernando, y su serenísima esposa... (Zweig 2012, 991).

El director de cine danés Bille August adapta la célebre obra de Zweig, *La impaciencia del corazón* (2022). August altera dos cosas de la novela: la acción transcurre en Dinamarca en lugar de Austria y el desenlace peca de extremo dramatismo. En definitiva, una película casi a la altura de la novela.

Así pues, los tres grandes Estados de Austria-Hungría, Turquía y Alemania, que parecían tan poderosos en extensión como débiles en su interior, sintieron tambalear sus fundamentos al estallar la Gran Guerra. Estas tres potencias imperiales se enfrentaron en una guerra larga a Francia, Gran Bretaña e Italia, como se verá más adelante.

4. El mundo del cambio de siglo

En el último tercio del siglo XIX, la diplomacia alemana de Bismarck marcó buena parte de las relaciones internacionales, hasta el punto de que los principales conflictos coloniales fueron germano-británicos y germano-galos en África, en Oriente y en el Mediterráneo.

El Imperio alemán llegó a ser el cuarto en extensión después del británico, el francés y el holandés, pero apenas duró tres décadas. Los territorios coloniales germanos ocupaban zonas de África oriental y de África del suroeste (Tanzania, Ruanda, Burundi y Namibia), y algunas islas del Pacífico, además de Samoa y Nueva Guinea (Evans 2015, 14-19, 26, 340; Evans 2017, 830; Tampke 2019, 30).

A principios del siglo XX, el gobierno alemán prohibió el matrimonio interracial, y declaró nulos los matrimonios entre alemanes y africanos. Los nativos rebeldes quedaron privados de libertad en campos de concentración (Evans 2015, 16).

La película *La Reina de África* (1951) se desarrolla en una colonia alemana en África durante la Gran Guerra. Un pastor metodista británico y su hermana intentan evangelizar a los nativos hasta que las tropas alemanas arrasan la aldea y la iglesia. Tras la muerte del reverendo, la hermana huye acompa-

ñada de un marinero –interpretado por Humphrey Bogart– en un barco de vapor llamado La Reina de África. Durante la travesía por el río son tiroteados por soldados enemigos, y los dos protagonistas deciden cargar el vapor de explosivos y lanzarlo contra un barco alemán. Bogart recibe un Óscar en esta película dirigida por el Hemingway del cine, John Huston.

El Imperio británico era el más extenso del mundo al ocupar más de la quinta parte de la tierra. En África poseía más población, recursos mineros y agrícolas que las otras potencias coloniales. El África Oriental Británica atesoraba un enorme potencial de riqueza sin explotar. Cuando el Imperio británico alcanzó su máxima extensión de la historia, en ese mismo momento se abrió una incipiente crisis: en 1872 el Reino Unido dejó de ser la mayor economía del mundo al ser superado por los Estados Unidos (Buk-Swienty 2017, 144; Garton 2015, 264, 271; Lamo de Espinosa 2021, 139; Roberts 2019, 87; Tooze 2016, 42-43).

La reina Victoria, una de las mujeres más ricas y poderosas del mundo, fue proclamada emperatriz de la India en 1877. Este acontecimiento favoreció la toma de conciencia del mayor poderío imperial por parte del Reino Unido. La dominación británica se basó en un eficiente cuerpo de funcionarios y en un ejército disciplinado (Burdíel 2010, 765; Evans 2017, 823, 852-854; Tejera 2018, 266-267, 292).

A finales del siglo XIX, algunos detectaron manifestaciones del declive del Imperio británico. Por ejemplo, un historiador germano divisó la decadencia en la falta de coherencia vital de los ingleses, al tener una Biblia en una mano y una pipa de opio en la otra (Tampke 2019, 29).

Como señaló Zweig, el Imperio británico presentaba síntomas de debilitamiento en la India. En un artículo titulado «El peligro indio para Inglaterra» (1909) presagiaba una insurrección en un país superpoblado y gigantesco, tan solo sometido por una minúscula presencia británica:

Hay allí ciudades de cien mil o doscientos mil habitantes con solo cinco o seis europeos. Pero esas cinco personas concentran en sus manos todo el poder: el ferrocarril, el banco, el telégrafo, la residencia imperial, la justicia y la fortaleza. Son los administradores de Inglaterra (Zweig 2017, 17).

En la novela *Los eduardianos* (1930), la escritora británica Vita Sackville-West plantea la crisis incipiente del sistema de vida tradicional inglés a

través de dos hermanos aristócratas a punto de dejar atrás la adolescencia. La narradora llama la atención del ascenso del laborismo, como síntoma de la llegada de los nuevos tiempos, a través de John Bull, personificación nacional del Reino Unido:

Aquel gobierno radical que tan inesperadamente ganó las elecciones generales, aquel voto laborista del que tanto se habló; aquellas caricaturas de John Bull mirando por encima de una tapia a un toro que llevaba el rótulo *Laborismo* (Sackville-West 2017, 186).

Después del británico, el Imperio francés ocupaba el segundo puesto del mundo, y tenía territorios dispersos en ultramar, alrededor de diez millones de kilómetros cuadrados. Se enorgullecía de sus posesiones en el norte de África (Marruecos, Argelia y Túnez), en el África Occidental francesa (Costa de Marfil, Guinea, Senegal y Sudán) y en la isla de Madagascar. Además poseía la península de Indochina (Camboya, Laos y Vietnam) en Asia (Comellas 2001, 183-197).

España abandonó Filipinas, Puerto Rico y Cuba como consecuencia de la crisis colonial de 1898. La pérdida de Cuba se firmó en la Paz de París después de una guerra contra el nuevo poder imperial en el Caribe y en el mundo, los Estados Unidos. De su pasado imperial solamente le quedaban a España algunos territorios dispersos en el continente africano (Crespo 2012, 300-301; Ferguson 2005, 102-111; Granés 2022, 22-23; Kennedy 1989, 317; Tuchman 1966, 158).

Otra antigua potencia imperial era Portugal. En el cambio de siglo sufrió una profunda crisis colonial y la bancarrota del Estado. De lo que había sido un gran imperio quedaban las colonias de Angola, Mozambique, Guinea-Bisáu, Cabo Verde y Santo Tomé. Los tratados coloniales firmados con el Imperio británico generaron malestar en el pueblo portugués debido a las concesiones territoriales (Redondo 1984a, 184).

En la novela *Los Maia* (1888), José María Eça de Queirós recrea el camino recorrido por tres generaciones de una poderosa familia lusitana desde el esplendor hacia la decadencia, una especie de los *Buddenbrook* en portugués. En esta historia larga, contada en muchas páginas, bajo una mirada desconsolada, aparecen personajes que se enriquecieron en las colonias. El protagonista de la tercera generación, Pedro Maia, es un hombre inquieto por todo lo que pasa en el mundo y frecuenta lugares donde se conversa apasionadamente:

Se entablaban ardientes y ruidosas conversaciones en las que por entre el humo del tabaco relampagueaban la Democracia y el Arte, el Positivismo, el Realismo, el Papado, Bismarck, el Amor, Hugo y la Revolución (Eça de Queirós 2013, 118).

En Asia, Japón se había consolidado como motor económico y militar del Extremo Oriente desde mediados del siglo XIX. El ejército imperial venció en la guerra chino-japonesa de 1894-1895. Diez años después, la armada nipona humilló a la flota imperial rusa. Como consecuencia de la victoria de 1905, Japón tomó Corea, el sur de la isla de Sajalín y el sur de Manchuria (Brook 2021, 399-401; Dickinson 2015, 300-305; Gerwarth 2017, 300; Tooze 2016, 143).

Isabella Bird, primera mujer admitida en la Real Sociedad Geográfica de Londres, se las ingenió para fotografiar a las tropas derrotadas en la guerra chino-japonesa. Visitó zonas del Sudeste asiático, que nunca había pisado un occidental. El libro de imágenes de China y Corea causó un gran impacto en Occidente. Mujer valiente y buena profesional declaró lo siguiente:

La fotografía ha sido siempre un gran placer. Si me siento libre de seguir mi instinto y mis inclinaciones, dedicaré todo mi tiempo a esta afición. Empecé demasiado tarde y he tenido poco tiempo para aprender la técnica de este arte, pero soy capaz de producir imágenes fieles a la realidad, aunque no artísticas, que reflejan lo que he visto (Tejera 2019, 93).

Cuando había cumplido más de sesenta años, Bird cruzó a caballo el Atlas de Marruecos. Tiempo atrás había recorrido Japón, Malasia, China, Corea, el desierto del Sinaí, el Himalaya, Persia, Siria y Turquía. Intentó entrar en el Tíbet, pero no lo consiguió (Tejera 2019, 77-88).

5. Las causas profundas y las crisis inmediatas de la Gran Guerra

Ningún gobierno quería la guerra. Sin embargo, una serie de casualidades nefandas y de causas profundas provocaron la mayor catástrofe del siglo XX.

La Primera Guerra Mundial obedeció a varios factores, entre los que cabe destacar, en primer lugar, el gasto desmesurado en armamento antes y después del cambio de siglo. Inseparablemente unida a la carrera armamentística estuvo la actitud belicista y arrogante de los gobernantes. Los dirigentes de los países no vislumbraron una posible guerra, dada su enorme confianza

en que la paz sería permanente (Briggs – Clavin 1997, 137, 157; Howard 2003, 34-37).

En segundo lugar, otro factor importante fue el imperialismo. Las grandes potencias buscaban nuevos territorios fuera de Europa por diversas razones: el ansiado prestigio, el envío del excedente demográfico, la búsqueda de materias primas y de lugares donde invertir y crecer. Esto provocó numerosos problemas entre las grandes potencias coloniales. El poderoso Imperio británico encontró un rival en el Imperio alemán deseoso de extender sus dominios (Crespo 2012, 312-317; Ferguson 2012, 207).

En tercer lugar, cabe mencionar la desintegración moral del llamado por Zweig «mundo de ayer». En la misma línea, Eugen Weber y otros historiadores han apuntado la decadencia de las costumbres. Entre otras manifestaciones, la más significativa fue el racismo. En especial, el antisemitismo que llevaba a considerar a los judíos como los chivos expiatorios de los males de la sociedad urbana occidental. Los principales focos fueron Berlín, San Petersburgo, Viena y París. En aquellos días, se decía que el anti judaísmo era tan corriente como los *croissants* en la Francia del cambio de siglo (Massie 2004, 137; Stromberg 1990, 113; Tuchman 1966, 182; Weber 1989, 173).

En cuarto lugar, el nacionalismo jugó cada vez un papel más relevante. Austria-Hungría y Turquía encorsetaban pueblos diversísimos, especialmente en los Balcanes, con aspiraciones a formar un Estado propio e independiente. Para muchas personas, el nacionalismo se transformó en una especie de religión, el credo de los nuevos tiempos (Burleigh 2005, 192-193, 498; Loconte 2018, 97; Payne 2011, 37-38).

El escritor judío Joseph Roth traza la historia de tres generaciones de la familia Trotta en la novela *La marcha Radetzky* (1932). En un momento cumbre de esta magnífica obra, un súbdito del emperador Francisco José vislumbra los cambios que se forjan en aquellos días:

Pero la monarquía se está destruyendo de vivo en vivo. Ya se nos ha destruido. Un anciano, cuya muerte, cercana, le puede llegar por cualquier resfriado, mantiene en pie el trono por el simple hecho, milagroso diría yo, de que todavía es capaz de sentarse en él. Pero ¿hasta cuándo podrá hacerlo? Nuestro siglo no nos quiere ya. Los tiempos quieren crearse ahora Estados nacionales. Ya no se cree en Dios. La nueva religión es el nacionalismo. Los pueblos ya no van a la iglesia. Van a las asociaciones nacionalistas (Roth 2003, 163).

Algunos pensaban que no podía estallar una guerra mundial, como aparece en la novela *Divorcio en Buda* (1936) del húngaro Sándor Márai. En la capital de Hungría, un juez joven distingue entre los pesimistas o realistas, que veían la amenaza latente de la guerra, y los optimistas o ingenuos, que no pensaban que las cosas estaban tan mal:

Es imposible que estalle la guerra, al menos una guerra como la que imaginan los pesimistas, que hablan de ella en los cafés. La paz sonríe por todas partes, aunque sea una sonrisa algo forzada y amarga; en el mundo entero se aprecian los signos del *progreso económico*; la civilización, cada vez más perfecta brilla con luz propia. La guerra no puede estallar, la civilización no puede desaparecer de un día para otro (Márai 2002, 100).

Además de las causas profundas de la Gran Guerra se dieron una serie de crisis políticas, que no se solucionaron de manera conveniente y desembocaron en la llamada Primera Guerra Mundial.

Guillermo II había intentado por todos los medios romper la alianza entre Francia y Gran Bretaña. El káiser pronunció en Tánger un discurso a favor de la independencia del Marruecos francés. Poco después, el canciller alemán Von Bülow pidió una conferencia internacional sobre la cuestión marroquí. En la Conferencia de Algeciras (1906), Francia triunfó claramente al mantener su dominio territorial sobre Marruecos, salvo una pequeña zona septentrional bajo la corona española. La primera crisis marroquí resultó un fracaso de Guillermo II por el acuerdo alcanzado entre Francia y España (Barraclough 1965, 141; Kennedy 1989, 403).

En el avispero balcánico tuvo lugar la llamada «guerra del cerdo». En 1906, el gobierno de Austria-Hungría impuso un arancel a las importaciones de ganado porcino de Serbia, una especie de castigo. Dos años más tarde, Austria anexionó el territorio perteneciente al Imperio turco de Bosnia-Herzegovina, aprovechando la situación inestable por la revolución liberal de los «Jóvenes Turcos». Inmediatamente, Rusia apoyó a Serbia interesada en ocupar Bosnia. Frente a la alianza eslava de rusos y serbios surgió un acuerdo de austriacos y turcos, en el que se reconocía la pertenencia de Bosnia al Imperio de Austria-Hungría a cambio de la libertad religiosa para los musulmanes de Bosnia y de una indemnización al gobierno otomano (Briggs – Clavin 1997, 161-162; Howard 2003, 26).

Otra crisis protagonizada por Alemania sucedió cuando hizo un alarde de poderío naval en la costa marroquí de Agadir, zona de influencia francesa. Terminó en un acuerdo firmado en noviembre de 1911: Alemania reconocía el protectorado francés de Marruecos y, a cambio, Francia entregaba a Alemania una parte pequeña de sus territorios en el continente africano, lo que correspondería a los actuales Camerún y Togo. La segunda crisis marroquí de 1911 motivó un claro malestar en Gran Bretaña por el entendimiento franco alemán (Barraclough 1965, 141; Kennedy 1989, 404-405; Roberts 2019, 242).

El principal foco de conflictos se situaba en tierras balcánicas. Dos guerras balcánicas se desencadenaron entre 1912 y 1913. El pueblo búlgaro sufrió ataques de los ejércitos de Serbia, Grecia y Rumanía. Al final, Bulgaria perdió parte de su territorio en beneficio –sobre todo– de Serbia, que había duplicado su extensión y su población. En Viena latía cierta inquietud por los pueblos eslavos del Imperio austro-húngaro, que podían sentirse alentados por el triunfo de Serbia (Chudoba 1980, 275; Gerwarth 2017, 31; Howard 2003, 26-27).

En la novela *Los Effinger* (1951) de Gabriele Tergit, uno de los personajes asegura que «no vamos a dejarnos meter en una guerra por Bulgaria». Y, en la misma línea, uno de los protagonistas afirma categóricamente:

Una guerra es imposible en Europa, y será cada vez más imposible cuanto más avance nuestra capacidad comercial. [...] Convertimos las fuerzas de la naturaleza en servidoras obedientes de nuestra vida comercial (Tergit 2022, 126).

Para conocer cómo fue el mundo que se estaba perdiendo y cómo fue posible su destrucción, vale la pena leer esta novela sobre dos sagas judías alemanas de industriales y financieros. Se ha comparado esta obra con *Los Boodenbrook* en cuanto a logro literario y envergadura histórica. La autora, nacida en el seno de una familia judía acomodada de Berlín y afamada periodista y escritora en la Alemania de Weimar, ha vertido mucho de su propia biografía en novecientas páginas, que se leen de un tirón. También se ha trazado cierto paralelismo con la escritora Irène Némirovsky por el detallismo y profundidad a la hora de describir cada personaje. La manera de componer los breves capítulos y la precisión del contexto histórico convierten esta novela en una obra de inmensa calidad.

Tanto en los libros de Márai como en las obras de Zweig, se palpaba la nostalgia del «mundo de ayer», y se denunciaba la inhumanidad de la guerra. En la novela *Divorcio en Buda*, el novelista húngaro escribió:

En algún lugar lejano, en un lugar invisible, estalla la guerra; por descontado, primero estalla en el alma de los seres humanos, y para cuando se manifiesta en los campos de batalla, en los muertos, los heridos, los cañones, las casas en ruinas y las columnas de humo, la gente ya se ha acostumbrado a ella (Márai 2002, 100).

En el verano de 1914, Zweig se encontraba en Francia. Acompañó a un amigo escritor a dar una conferencia en Rouen. Después pensaba ir unos días a Austria para adelantar un trabajo sobre Dostoievski, y viajar a Rusia en invierno. A la edad de treinta y dos años, su vida y el mundo dieron un giro inesperadamente:

En aquel radiante verano el mundo se me ofrecía bello y lleno de sentido como una fruta exquisita. Y yo lo amaba por su presente y por su futuro, aún más esplendoroso. Entonces, el 28 de junio de 1914, sonó aquel disparo en Sarajevo que, en cuestión de segundos, troceó, como si de un cántaro se tratara, el mundo de seguridad y de cordura en el que nos habían criado y educado y que habíamos adoptado como patria (Zweig 2001, 274).

Boris Pasternak, estudiante de Filosofía en Marburgo cuando Ortega y Maeztu profundizaban en Kant en la misma universidad, se dio cuenta de que la paz peligraba en julio de 1914, tal como dejó escrito en sus *Confesiones* (1958):

Ya en ocasiones había cruzado frente al campo de maniobras militares. Allí eran instruidos los soldados y, cuando se ejercitaban, había muchos curiosos que se quedaban en el lindero del campo..., ayudantes de carniceros con sus cestas a hombros, y niños. Allí había mucho que ver. [...] Día por día desfilaban pálidos cazadores cubiertos de pies a cabeza de polvo, con descoloridos uniformes, contorneando a Marburgo, puesto que las calles eran tan estrechas que no se podía desfilarse por la ciudad en formación cerrada (Pasternak 1959, 111-112).

Terminan estas páginas con una cita de Boris Pasternak y damos paso al segundo capítulo a través de su gran obra, *Doctor Zhivago*.